



Galdós, junto a Pablo Iglesias, en un mitin republicano. El orador es Melquíades Álvarez, fundador del Partido Reformista, la última afiliación política del escritor.

PROGRESO Y REGENERACIÓN DE ESPAÑA

Benito Pérez Galdós fue un hombre de su tiempo y vivió con pasión periodística e intelectual su tiempo. La vida de los españoles, especialmente de los madrileños, las relaciones sociales y los vaivenes políticos de la España del siglo XIX y principios del XX son el trasunto de su obra literaria. Pero no se limitó a ser un conspicuo observador, sino que se mojó tomando partido ideológico e, incluso, político, embarcándose en algunos proyectos partidistas.

Su interés por las cosas públicas se remonta a sus años mozos en Canarias cuando participaba en la tertulia del Café Universal de Las Palmas. Se puede seguir comprobando en las caricaturas que dibujaba en la primera mitad de la década de 1860. Y se confirma en su labor periodística desarrollada especialmente en los periódicos *La Nación*, *Las Cortes* y *El Debate*. Su participación activa en la vida política como diputado a Cortes evidencia, al fin, un claro compromiso político por parte del escritor. Sin embargo, esta evidencia es interpretada de manera muy diferente por sus estudiosos.

Para unos, el compromiso de Galdós, así como el factor político, no son especialmente relevantes para su obra. Lo ven más bien como una figura utilizable por amigos y políticos con el fin de dar lustre a sus listas electorales, manejándolo a voluntad.

Hay quien ve en esa misma figura a un oportunista, que se va acomodando ideológicamente a los distintos momentos históricos según soplen los vientos favorables o que él cree favorables.

Muchos otros, en cambio, ven ese compromiso como resultado de una fuerza interior impelida por un convencimiento cívico-moral. Es decir, que fue un compromiso fuerte y sincero con el que Galdós se enfrentó a su mo-

numental obra literaria y no de una forma superflua, sino esencial.

No es desdeñable la posibilidad de que hubiera un poco de todo. Es posible que su corpus ideológico no fuera todo lo sólido y completo que pudiera haber sido, de lo que resultaría la variabilidad que se puede observar en sus posicionamientos políticos. Pudiera ser también que se dejara aprovechar para respaldar ciertas opciones políticas sin que realmente fuera su propósito una fuerte implicación activa en el juego político. De ahí que su papel como diputado fuera más bien testimonial, dedicado a la redacción de discursos que muchas veces eran leídos por otros, bien sea por su proverbial timidez o por su acento poco castellano, como alguien ha podido sugerir. En todo caso su apuesta por las ideas democráticas y su compasión por los desfavorecidos, los niños y las mujeres, así como su rechazo de los oscurantismos, la superstición y el fanatismo dibujan un cuadro imbricado en toda su obra que no deja lugar a dudas sobre su identidad e implicación cívico-morales. Se lee en sus discursos y en sus cartas personales, se traduce en su trabajo periodístico y se transmite a través de sus novelas y obras dramáticas.

Dicho esto, conviene pasar a analizar los distintos componentes de su andamiaje ideológico, de sus ideas en cuanto al ser de España, de la convivencia entre españoles y de las posiciones políticas que sostuvo a lo largo de su vida.

Pero, siendo conscientes del papel que los acontecimientos políticos jugaron en la configuración de ese andamiaje, así como en la construcción de su obra literaria, merece la pena, antes, dar un repaso a la evolución política del tiempo que le tocó vivir y así poder seguir bien sus pasos.

La ruta del liberalismo y las resistencias al cambio político en la época galdosiana

El siglo XIX es el siglo de la revolución liberal, cuyo triunfo fue lento, muy costoso y, seguramente, imperfecto. A España le costó salir del régimen feudal, manifestado en la última de sus formas, el llamado Antiguo Régimen, cuya crisis –inducida por la Ilustración– puede fijarse en España a finales del siglo XVIII, durante el reinado de Carlos IV y, ya más nítidamente, durante la guerra de la Independencia, ya entrado el siglo XIX. Esta guerra ha sido descrita en la historiografía nacionalista como una guerra de liberación contra el “francés”, pero fue mucho más, fue un conflicto de carácter

internacional y, a su vez, una guerra civil entre los partidarios de la revolución liberal representada por los franceses y, por lo tanto, del monarca José I –los españoles “afrancesados” – y los “patriotas”, entre los que se contaban los fieles a la tradición y a las instituciones del Antiguo Régimen, pero también, contrarios a ellos, ilustrados avanzados y liberales convencidos. Un asunto en verdad complejo. Lo que sí se puede asegurar es que significó el arranque de un nacionalismo español hasta entonces inexistente, por un lado, y que se estaba jugando una decisiva partida entre el liberalismo y el absolutismo, por otro.

La restauración monárquica absolutista (1813-1833), con su interludio liberal (1820-1823) y el nefando Fernando VII en el trono, no sirvió más que para enconar más las diferencias. Fue un periodo de levantamientos y represiones que desembocó en el conflicto dinástico que daría lugar a una nueva guerra civil entre cristinos (luego isabelinos) y carlistas. Unos bandos que representaban los aires nuevos del liberalismo, a un lado, y la respuesta reaccionaria de los defensores del orden tradicional, al otro.

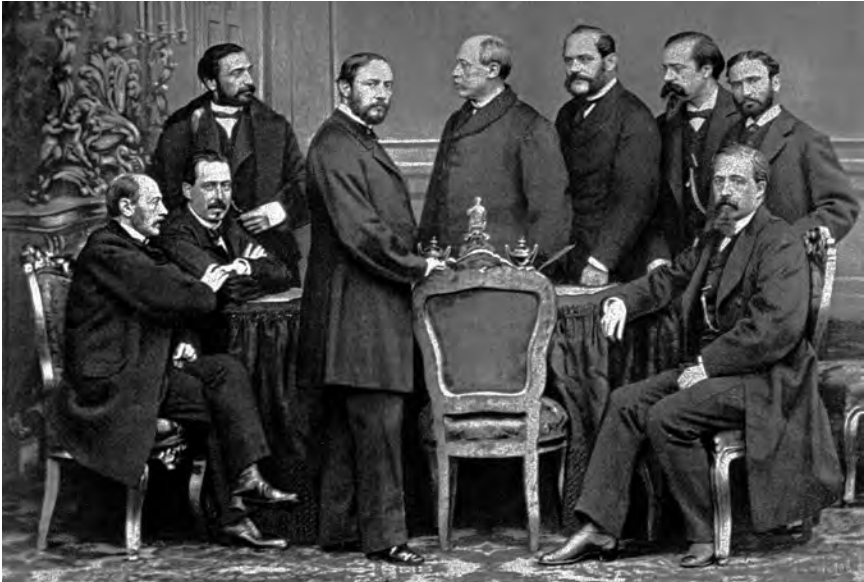
Es posiblemente esta una situación que diferencia a España en el proceso general de afirmación del liberalismo en Europa occidental. Mientras que allí la disputa política se manifestó entre las distintas versiones del liberalismo, conservador y progresista e, incluso, democrático (el rastro del Antiguo Régimen se perdió por completo en la revolución del 48), en España los defensores del absolutismo y los viejos privilegios se resistieron con una fuerza militar y una violencia sin parangón hasta 1876 e, incluso, los carlistas llegarían a reengancharse a la “cruzada antiliberal” de 1936.

Los Gobiernos de la reina regente M.^a Cristina y de Isabel II se decantaron por el moderantismo, representado por los líderes del Partido Moderado (Narváez) y del de Unión Liberal (O'Donnell). En medio, otro interludio, el del “Bienio Progresista” (1854-1856), con Espartero a la cabeza de un Gobierno que realizó una extensa labor legislativa para la modernización de España (minas, ferrocarril...), pero que no pudo imponerse a la oligarquía dominante, que sostenía posiciones más conservadoras.

Este fue el periodo de juventud de Galdós, quien manifestaba sus simpatías por las tendencias progresistas del liberalismo bien a las claras en su labor periodística. Más adelante dejaría su visión de todo lo que se llevaba

andado del siglo a través de sus cuatro primeras series de los Episodios Nacionales, desde la guerra de Independencia hasta la caída de Isabel II. La quinta serie la dedicó a los agitados días del Sexenio Revolucionario, que tuvo su comienzo en la revolución de 1868 (la “Gloriosa”), de cuyos principios se declaró Galdós firme partidario.

El desprestigio de Isabel II dio fuerza a las opciones republicanas, pero cuando cayó la monarquía borbónica, otra monarquía auspiciada por el general Prim la relevó: adoptó la forma de monarquía parlamentaria democrática, pero el rey elegido, Amadeo de Saboya, poco duró en el trono (1870-1873). Falto de apoyos renunció a la corona. Se abrió paso, así, a la I República española, que aún habría de durar menos, algo así como un suspiro, pues no alcanzó el año de vida, víctima de las disensiones internas entre federalistas y unionistas, así como de los múltiples enemigos con los que tuvo que lidiar: otra vez la guerra carlista; una guerra colonial, la de Cuba; el conflicto cantonalista y la dura oposición de los alfonsinos, de la oligarquía y de



“La Gloriosa”, gobierno provisional (1869): Figuerola, Ruiz Zorrilla, Sagasta, Prim, Serrano, Topete, López Ayala, Romero Ortiz y Lorenzana.

la Iglesia. Por eso, la segunda restauración borbónica en la persona de Alfonso XII fue y sigue siendo considerada por muchos una manera de estabilidad que puso fin a las luchas partidistas, recatolizó España y permitió el progreso económico. El sistema que ideó e inauguró Cánovas, conocido como la Restauración (1875-1923), tenía en última instancia los objetivos de preservar el orden establecido y espantar las ansias revolucionarias de los españoles. Fue un pacto entre las élites para garantizar el turno pacífico entre el Partido Conservador (Cánovas) y el Liberal (Sagasta). Sin embargo, no fue ni mucho menos un periodo exento de tensiones. A la lucha política, se le unieron los conflictos obreros y campesinos, los encontronazos con las posturas militaristas y los enfrentamientos entre clericales y anticlericales. Pero, sobre todo, la Restauración falló en la búsqueda de un método para integrar en el sistema político a las masas que venían pidiendo paso a gritos. Las reformas vinieron con la toma de conciencia que supuso el “Desastre del 98”, cuando se empezaron a buscar respuestas a lo que el regeneracionismo venía reclamando. No fueron suficientes para una sociedad abocada a la “rebelión de las masas”: la Semana Trágica (1909) y la huelga general de 1917 precipitaron el fin del sistema de la Restauración, que acabaría en una Dictadura (1923-1931). El golpe de Estado militar dado por el general Primo de Rivera vino precipitado por otro desastre, el de Annual, durante la guerra de Marruecos, y también por el desprestigio de un sistema político clientelar, corrupto y caciquil.

Pero todo esto último ya no lo pudo ver Galdós porque murió en 1920, desengañado de la política, en la que había avanzado hasta posiciones republicanas. Sus grandes novelas reflejan perfectamente el ambiente y la sociedad del régimen de la Restauración.

El ideario galdosiano

Benito Pérez Galdós inicia, desde que desembarca en Madrid, un viaje ideológico que le hace transitar desde posiciones liberales a las republicanas, llegando incluso a flirtear al final de sus días con el socialismo que representaba Pablo Iglesias. Un recorrido marcado por la evolución política y social del país.

En su juventud su fe en el progreso y en la burguesía como clase social

transformadora le invitó a alinearse doctrinariamente con el liberalismo progresista, representado a mediados de siglo por la figura de Espartero.

El frenazo que supusieron los gobiernos liberales conservadores y moderados para la evolución política del país le conminó a ofrecer su apoyo a la causa revolucionaria, hasta tal punto que podemos considerar a Galdós como un hijo de la Gloriosa y de sus ideas democráticas, antimilitaristas y anticlericales. Fue un demócrata convencido, que denostó las posturas retardatarias; sobre todo, las del neocatolicismo y las del carlismo. Pero, aunque defendió con pasión sus ideas, siempre rechazó la violencia y los extremismos, tanto de uno como de otro signo. Condenó sin paliativos el fanatismo de los tradicionalistas, pero se disgustaba igualmente con los radicalismos de los liberales exaltados y los de la izquierda democrática.

Denunció las guerras, pero también la violencia política, de la misma manera que el oportunismo, la charlatanería y la corrupción políticas. Su nacionalismo queda corroborado en una carta de 1907 en la que manifiesta que lo que le movía para intervenir activamente en política eran los “sublimes conceptos de Fe nacional, Amor patrio y Concordia pública”.

Mucho se ha hablado de su anticlericalismo y, ciertamente, fue un anticlerical convencido, pero no un anticatólico. Perseguía, como buen liberal, la libertad de cultos y estaba en contra de la intervención de la Iglesia en los asuntos políticos y de su control ideológico sobre las conciencias en un país de inmensa mayoría católica. Critica el boato y la parafernalia del culto externo, pero defiende la labor callada de los buenos párrocos y bendice la piedad última y verdadera, sin ostentación. En modo alguno se le puede consi-



El anticlericalismo de Galdós, con motivo del estreno de *Electra*, en las páginas de *Don Quijote* el 2 de mayo de 1902.

derar un materialista; es más, defendía los aspectos positivos de la religión como respaldo moral para la sociedad. Escribió en una carta a Teodosia Gandarias: “Respecto a la cuestión religiosa distinguimos entre el aspecto espiritual y el aspecto positivista que en dicha frase se encierran. Lo concerniente al puro ideal religioso es digno del mayor respeto; lo que atañe al clericalismo, que es un partido político inspirado en brutales egoísmos y en el ansia de dominación sobre las conciencias y aún más sobre los estómagos, no podemos menos que manifestar todos nuestros odios con tan ruin secta”.

Cuando el Sexenio Revolucionario quedó extinguido, la burguesía conservadora y la moderada volvieron a reestructurar el sistema político, que representaba a la oligarquía social. Precisamente una de sus primeras premisas para su aplicación fue la de congraciarse con la Iglesia, restaurándoles su tradicional control social y entregándoles la educación.

Esta sería, sin duda, una de las razones principales por las que Galdós perdió su fe en la capacidad transformadora de la burguesía, que ya solo pretendería consolidar el orden establecido y evitar veleidades revolucionarias. Galdós quedó completamente defraudado con el régimen de la Restauración, lo que puede explicar su paso hacia posiciones políticas más radicales de izquierda y a considerar el colectivo, y ya no la individualidad, como motor del cambio social.

El estancamiento intelectual y educativo de este periodo tuvo su alternativa en la nueva filosofía del krausismo y en las nuevas propuestas de la Institución Libre de Enseñanza. Galdós hizo suyas sus ideas, que se correspondían perfectamente con sus deseos regeneracionistas de modernizar España en cuanto a las ideas dominantes y a la educación, aspectos prioritarios para lograr el progreso económico y social, según su criterio.

Galdós historiador

Resulta ocioso advertir que el objeto de este libro es homenajear ante todo a un gran escritor, sobresaliente por sus dotes literarias, pero cuyas vivencias e ideas son preciso conocer para entender mejor su obra. No obstante, Galdós es reconocido también por su faceta como historiador. Fue capaz de hacer una revisión de la historia del siglo XIX español en su obra literaria, especialmente en el conjunto de sus 46 volúmenes de los Episodios Nacio-

nales, a través de los cuales puede observarse su propia evolución ideológica.

Fue un historiador nacionalista, como correspondía, pero no al uso de la historiografía oficial imperante, sino que, hoy podemos decir, fue más avanzado.

Desde la Revolución francesa y a lo largo de todos los procesos nacionalistas, las políticas de los gobiernos liberales tuvieron el firme propósito de convertir a los gobernados en ciudadanos con sentido identitario único para poder implementar a la perfección el modelo de estado-nación: un estado, una nación.

El liberal Alcalá Galiano reconocía esta aspiración en una sesión del estamento de procuradores en 1835: “Uno de los objetivos principales que nos debemos proponer nosotros es hacer a la nación española una nación, que no lo es ni lo ha sido hasta ahora”.

El vehículo principal para conseguir la nacionalización de los españoles fue -como en el resto de países lo fue para sus propios ciudadanos- la educación y, más específicamente, una nueva disciplina académica, la Historia de España. La educación debía infundir a la ciudadanía la convicción de pertenecer a una comunidad histórica diseñada a base de mitos étnicos y patrióticos.

El moderantismo, a lo largo de sus años de gobierno, dejó a un lado la idea nacida con la constitución de Cádiz (1812) de una nación erigida sobre la voluntad popular para inclinarse por una visión esencialista e historicista sostenida por dos constantes históricas, la monarquía y la religión. Es la visión representada por la *Historia General de España* de Modesto Lafuente.

El Sexenio aportaría su propia versión, que volvía a las ideas de Cádiz (Constitución de 1812) de una nación basada en el pacto o voluntad de los ciudadanos, que se alejaba de la cohesión religiosa y que, frente al unitarismo, ofrecía un federalismo. Un planteamiento este que, sin renunciar a la idea de nación española, quedaba abierta a otros pueblos, como el portugués. El “iberismo” tuvo, por cierto, su momento de mayor aceptación en esa época; luego, a final de siglo, decaería. El propio Galdós se proclamó entusiasta iberista, aunque reconocía la improbabilidad inmediata de alguna fórmula de unión o colaboración hispano-lusitana: “El sueño de la Unión Ibérica está, en los momentos actuales, tan lejos de realización como hace

cincuenta años. Y lo llamo sueño, porque como tal y de los más bellos lo tenemos, los españoles”.

La Restauración se replanteó las bases de la cuestión nacional, abandonando la versión democrática del pacto desde abajo, para volver a los viejos principios que acabarían de ser definidos para mucho tiempo por Menéndez Pelayo. Sin embargo, el proceso nacionalizador no llegó a consumarse con total éxito, posiblemente por la falta de legitimación política de las instituciones liberales ante el peso de los agentes tradicionales, la Iglesia, la familia y la comunidad rural, abiertamente antiestadistas. La irrupción de los movimientos catalanista, vasquista y galleguista en el último cuarto de siglo venían a poner en evidencia la fragilidad del nacionalismo español.

De cualquier manera, Galdós participó declaradamente en esa construcción del nacionalismo español con sus Episodios Nacionales, un verdadero fresco histórico, que se propuso como finalidad la de enseñar la historia de la España contemporánea a las masas para unir las en un proyecto común de futuro. Pero Galdós, que demostró unas cualidades de historiador fuera de lo común, no se limitó a contar los hechos y a magnificar las intervenciones individuales, las de los héroes y los mártires de la Patria (algo que sí se puede apreciar especialmente en su primera serie), sino que dio voz a los de abajo, al pueblo anónimo. Escribió en *El equipaje del rey José*:

“Reposa la sociedad en el inmenso osario sin letreros ni cruces ni signo alguno: de las personas no hay memoria, y sólo tienen estatuas y cenotafios los vanos personajes... Pero la posteridad quiere registrar todo; excava, revuelve, escudriña, interroga los olvidados huesos sin nombre; no se contenta con saber de memoria todas las picardías de los inmortales desde César hasta Napoleón; y deseando ahondar lo pasado quiere hacer revivir ante sí a otros grandes actores del drama de la vida, a aquellos para quienes todas las lenguas tienen un vago nombre, y la nuestra llama Fulano y Mengano”.

En este sentido, fue un gran intérprete de la psicología del pueblo español y no solo se preocupó por los hechos políticos y militares, sino que introdujo la geografía, la descripción de ambiente, aristocráticos, burgueses y populares, y, también, infinidad de observaciones antropológicas y sociales.

La finalidad de su contar la historia era educativa, pero no exclusivamente

por su valor como conocimiento en sí mismo, sino como un instrumento que sirviera para cambiar la realidad y mejorar la sociedad.



Galdós escribiendo los *Episodios Nacionales* en una caricatura de *Madrid Cómico* (1898).

Así, en el episodio *Vergara*, escribe: “... el carlismo era una fuerza social difícil de destruir. La fatalidad había traído a esta pobre Nación a un dualismo que sería un manantial inagotable de desdichas por larguísimo tiempo”. Igualmente define claramente el giro hacia la templanza de una parte del liberalismo en *Los cien mil hijos de San Luis*:

“Había tenido sus repulgos de masón, repetía los dichos de Martínez de la Rosa y era bastante volteriano en asuntos religiosos. Defendía al clero como fuerza política; pero se burlaba de los curas, del Papa y aun del dogma mismo, sin que esto fuera obstáculo para creer en la conveniencia de que hubiera muchos clérigos, muchos obispos, muchísimas misas y hasta Inquisición. En suma: las ideas del Marqués eran el capullo de donde, corriendo días, salió la mariposa del partido moderado”.

Tanto es así que cabe comparar este sentido de la historia que nos ofrece con la que encarnó el historiador Rafael Altamira, el gran maestro español de la historiografía innovadora (llegó a adoptar los esquemas interpretativos de la escuela de los Anales), quien manifestó su gran aprecio por Galdós en un artículo titulado precisamente “Galdós y la historia de España”. En él destaca sus dotes como historiador capaz de reconstruir el pasado, de evocar la vida de un pueblo y de penetrar en su psicología, en su ser.

Finalmente sorprende su capacidad de análisis e interpretación de los fenómenos históricos para ver sus consecuencias o su continuidad en el

Galdós político

Ya expuesta su ideología, conocemos sus dos componentes esenciales, el liberalismo y el regeneracionismo. Ideología que se fue fraguando desde sus años de estudiante y que se manifestó públicamente desde que empezó a trabajar en la prensa de corte liberal progresista. Sabemos también cómo esta ideología fue evolucionando desde posturas templadas a otra más a la izquierda. Es momento, pues, de conocer sus adscripciones partidistas.

Su primer referente fue, sin duda, el Partido Progresista, capitaneado por Espartero. Desde esa atalaya política desencadenó primero una cruzada contra los “neocatólicos” de Cándido Nocedal, a los que tachó de “turba sacristanesca”. Los “neos” constituían un movimiento político y, sobre todo, ideológico partidario de la confesionalidad y de la unidad católica, que según las circunstancias se dejaba caer del lado del Partido Moderado o del tradicionalismo carlista. Lo que más le indignaba a Galdós era la explotación que hacían de los sentimientos religiosos para consolidarse políticamente:

“Pero son pocos, *pauci vero electi*, no son una plaga; no invadirán el territorio de la Representación Nacional. La verdadera plaga no alza allí la voz; vive en sitios oscuros, en los rincones de las sacristías, en los conventos ocultos; vive sorda, escondida, subterránea como la hipocresía, pero extendida por todas partes y ramificada hasta el extremo como la epidemia...”.

Fustiga asimismo a los partidarios del Partido Moderado y a los de la Unión Nacional, a los que describe como “inteligencias estériles y raquílicas”, “momias animadas”, “graves como todo lo impotente, revestidos de esa cómica seriedad que caracteriza a los anticuarios”.

Los sucesos de la Noche de San Daniel (1865) y de la sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil le impresionaron de tal manera que su espíritu quedó presto para mayores audacias políticas, consumadas pronto en la Revolución de la Gloriosa (1868), que Galdós saludó fervientemente. En vísperas de este acontecimiento escribió en su último artículo para *La Nación* una despiadada caricatura de la realeza a punto de caer:

“¡Qué familia, santo Dios! En la fisonomía de todos ellos se observan los más claros caracteres de la degradación. Ni una mirada inteligente, ni un rasgo que exprese la dignidad, la energía, el talento. No

se ven más que caras arrugadas y ridículas, deformadas facciones cubiertas de una piel herpética, sonrisas y saludos afectados que indican la mala educación de los niños y el cinismo de los mayores”.

Si hay algo que no hubo durante el Sexenio fue unidad entre los revolucionarios. La panoplia de opciones se había abierto extraordinariamente, pero Galdós siguió siendo fiel al liberalismo, apostando por la monarquía democrática defendida por Prim y manteniendo una postura dialogante frente al radicalismo de los federalistas, a los que llegó a equiparar a alfonsinos y carlistas por lo que, a su juicio, constituía una labor de socavamiento político.

En este periodo histórico penetra en España el internacionalismo proletario en sus versiones marxista y anarquista. Galdós, aun reconociendo las malas condiciones de vida de la clase trabajadora y el injusto reparto de la propiedad, reacciona mal ante la entrada en la corte de Amadeo de “los hombres del socialismo y algunas fatídicas individualidades comunistas lanzadas a la representación nacional por los talleres de Cataluña y Valencia”. Se trata de una visión conservadora de la cuestión social y denota los prejuicios de clase, propios de la burguesía a la que pertenecía. Llega a definir al comunista como un hombre “sediento de venganza y envidia contra las clases acomodadas y que aspira a reformar las condiciones de trabajo y de propiedad, realizando el ideal de la holgazanería y de la miseria”.

En los 14 artículos que escribe para la *Revista de España*, Galdós hace una defensa cerrada de los principios del 68 y de la coalición de progresistas, demócratas y unionistas que había hecho posible la revolución democrática. Por eso, acusa de romper el Partido Progresista a su jefe de filas, Ruiz Zorrilla, al propugnar esta una alianza con demócratas y republicanos.

Roto el consenso y finiquitado el experimento republicano, Galdós se inclinó por las posturas conciliadoras del Partido Liberal de Sagasta, con el que se presentó a las elecciones de 1886, en las que resultó elegido diputado por Puerto Rico. Permaneció en su escaño toda la legislatura del llamado “Parlamento largo”, de 1886 hasta 1890.

Su visión sobre la cuestión social en aquellas fechas seguía siendo contraria a la “lucha de clases” y se mostraba escéptico en cuanto a la implantación del socialismo en España, tal como queda patente en una de sus cartas diri-

gidas al profesor Shoemaker con motivo de la celebración de la primera fiesta del trabajo, la del 1 de mayo de 1889: “El socialismo, por mucho que vociferen sus adeptos, no tiene ni tendrá durante algún tiempo las raíces que en Francia y Alemania, y esto se debe, en primer término, al especial modo de ser de la sociedad española, a la compenetración democrática con que viven sus elementos constitutivos... Por todo, las luchas de clases no han de revestir nunca un carácter implacable y feroz...”. Unos años más tarde estas ideas habrían de cambiar en Galdós.

La decepción, ya anteriormente señalada, que Galdós sufrió respecto a la Restauración, tanto por su sistema clientelar y caciquil como por sus corruptos dirigentes, marcó su itinerario de ruta hacia las filas del republicanismo.

En 1907, en carta dirigida al director de *El Liberal*, Galdós declara su adhesión al proyecto político de Unión Republicana, partido por el que se presentó a las elecciones de ese mismo año, saliendo elegido diputado por Madrid.

Galdós, poco tiempo después, defendió la necesidad de articular una alianza entre los republicanos y los socialistas, un pacto que rechazaba Pablo Iglesias, pero que apoyaban otros ilustres socialistas como Jaime Vera o Indalecio Prieto y, de hecho, participó en la comisión negociadora que estableció las bases de la Conjunción Republicano-Socialista.

Presidió su Comité Ejecutivo, donde coincidió con Pablo Iglesias, con el que mantuvo una recíproca admiración.

La conjunción tuvo un notable éxito electoral en los comicios municipales, venciendo en las principales ciudades. Y, cuando en abril de 1910 se abrió un nuevo proceso electoral, esta vez a Cortes, cuando Canalejas las disolvió, la conjunción volvió a obtener buenos resultados en las grandes ciudades, aunque las manipulaciones del Ministerio del Interior rebajaron el número de diputados obtenidos a 41. Entre ellos, estuvo Galdós, que recaudó 42 247 votos en Madrid (Pablo Iglesias, 40 696).

El criterio de Galdós respecto al socialismo ya había cambiado. En el mitin para celebrar el éxito electoral de la conjunción en el Frontón Central de Madrid, Galdós subrayó la importancia de la entrada de los socialistas en las Cortes: “Con Pablo Iglesias entrará en el Congreso el espíritu de solida-

ridad internacional que labora por la dignidad y el bienestar de los trabajadores”. En una entrevista que le hicieron poco después para la revista *Por esos mundos* llegó a decir: “Voy a irme con Pablo Iglesias. Él y su partido son lo único serio, disciplinado y admirable que hay en la España política”. Y dos años después, nuevamente en una entrevista para *Los Grandes Españoles*, dijo que el estado de cosas que se vivían duraría “hasta que en el campo socialista sobrevengan acontecimientos hondos, imprevistos, extraordinarios”. Preguntado sobre si creía en el socialismo, contestó: “Sí, sobre todo en la idea. Me parece sincerísima. Es la última palabra en la cuestión social... ¡El socialismo! por allí es por donde llega la aurora”.

Su entusiasmo se mantendría en alza un año más, participando en las movilizaciones contra la guerra de Marruecos y denunciando las “aventuras peligrosas” y la dilapidación de recursos: “Antes de intentar conquistas en suelo extraño habéis de conquistar el suelo propio para la cultura y el derecho, para la justicia y la libertad” (*El País*, junio de 1911).

Pero, una vez más, la división política volvió a frustrar sus esperanzas. Rota la conjunción, aunque Galdós llegó a suscribir el acta fundacional del Partido Reformista de Melquíades Álvarez –una opción moderada del republicanismo, pero que respondía a las ideas regeneracionistas y modernizadoras sostenidas por él desde siempre–, la decepción le llevará a abandonar la política activa.

No mucho tiempo atrás, en la entrevista de 1910 antes citada, Galdós defendía la participación política a ultranza: “Es muy cómodo decir la política, ¡qué asco!, como pretexto para no intervenir en ella. Pues yo no he tenido inconveniente en bajar al barro sin miedo a que me manche. El absentismo político es la muerte de los pueblos”.

A pesar de estas palabras, en 1913, por medio de una carta enviada para ser leída en un acto celebrado en el Hotel Palace de Madrid, Galdós anunció su retirada de la política, aunque ratificó su compromiso con la libertad de conciencia, los derechos humanos y la democracia.

Finalizaba así su periplo político. Galdós, cansado por los reveses políticos y castigado por su mala salud que empeoraba día a día, se volcó ya de forma exclusiva en el ejercicio de la literatura por el tiempo que le restaba de vida, siete años.